





VIVIR ES NUESTRA
MEJOR REVANCHA



Francisco Javier Roig Sánchez

VIVIR ES NUESTRA
MEJOR REVANCHA



Primera edición: octubre 2018
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Francisco Javier Roig Sánchez

ISBN: 978-84-17548-36-0
ISBN digital: 978-84-17548-37-7
Depósito legal: M-28265-2018

Editorial Adarve
C/ Marcenado 14
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Anc



«La Sabiduría edificó su casa, talló sus siete columnas, inmoló sus víctimas, mezcló su vino, y también preparó su mesa. Ella envió a sus servidoras a proclamar sobre los sitios más altos de la ciudad: “El que sea incauto, que venga aquí”. Y al falto de entendimiento, le dice: “Vengan, coman de mi pan, y beban del vino que yo mezclé. Abandonen la ingenuidad, y vivirán, y sigan derecho por el camino de la inteligencia”».

Capítulo 9, El banquete de la Sabiduría, 9:1- 9:6.

«Hay seis cosas que detesta el Señor, y siete que son para él una abominación: los ojos altaneros, la lengua mentirosa y las manos que derraman sangre inocente; el corazón que trama proyectos malignos, los pies rápidos para correr hacia el mal, el falso testigo que profiere mentiras, y el que siembra discordias entre hermanos».

Capítulo 6, El banquete de la Sabiduría, 6:16- 6:19.

T.E.L. Incógnito.

Personajes

Ana, la periodista

Juan, el Director

Jorge, el Ruso

Román, el Araña

Gaspar, el Cojo

Pepe, el Lejía

François, el cocinero

Víctor, Jabato

Rojas, Manillas.

Carlos, Pasma

Daniel.



Es este relato la expresión de una vivencia que, no siendo buscada, fue inolvidable. Podía haber iniciado por el final, ya que quizás algunas escenas quedarían más allanadas en el entendimiento, pero obedeciendo a la receta descrita por Pedro Antonio de Alarcón, «Principiemos por el principio», he resuelto no apartarme de su procedimiento.

Nada tiene de extraordinario, ni siquiera a veces de interesante, la vida de muchos seres humanos. Pero no es el caso que vengo a contar. Hace ya mucho, alguien me concedió unas palabras que he intentado no olvidar: «Ana, ¡qué triste debe ser pasar por esta vida sin haber hecho algo...!».

En su momento no le di la debida importancia. Pero los años fueron pasando y, sin saber el motivo, siempre me venía el recuerdo de aquel regalo. Llegó incluso a obsesionarme en algún tiempo.

«¡Todos hacemos cosas!», me dije repetidamente. Por escasas o dilatadas, por claras o imprecisas, por nobles o escabrosas. Las personas estamos agrupadas en categorías que definen nuestra existencia.

Cuando decidí visitar aquella casa, jamás pude imaginar lo que encontraría en los personajes que la habitaban, a los que fui lenta pero profundamente descubriendo. Cada uno de ellos aportaba un pedazo de nuestra Historia, lo que me obligaba a grabar todas nuestras conversaciones, así como apuntar en mi estimada libreta de notas cada palabra extraña o relato por breve que fuera.

Así pues, empiezo esta narración por el principio. Es posible que quienes lean estas páginas piensen que todo es fruto de mi imaginación. Pero tengo la esperanza de que sean los más, quienes creyendo en la veracidad de lo que escribo como yo misma hago, traten de hacer tiempo guardando la ilusión y confíen en encontrar lo que yo descubrí por azar. Aquello que no estaba escrito en mi destino.

«Qui vero non crediderit condemnabitur».

ANA



Capítulo I

Otoño, 1975

—¿Dónde nos encontramos? —pregunté de sopetón.

—Pero, ¡hombre de Dios!

—Soy una mujer —aclaré sarcásticamente por si acaso.

—Sí, ya puedo ver con nitidez lo que es usted —continuó hablando mi acompañante—, pero no creo que sea tiempo de rectificar esta condición que anida en mi carácter; le ruego me lo permita—. Mire..., señorita —añadió— mis amigos me llaman el Ruso, creo que enemigos ya a estas alturas no tengo, y si alguno aún queda, ¡vive Dios!, que me trae sin cuidado su vida y fortuna. Así me conocen, como el Ruso, aunque soy español y castellano como el poema...

—Pero yo tan solo le he preguntado por el lugar o la zona en el que nos encontramos.

—Escuche, escuche y disfrute...

Y de repente, el Ruso —que era español— me soltó la siguiente poesía, al tiempo que se ponía en pie mirando hacia el centro de la sala y haciendo ostentosos gestos de acompañamiento, que hizo que las personas que se encontraban ocupadas jugando a las cartas en otros asientos dirigiesen sus miradas atentamente hacia nosotros, mientras pregonaba:

«Luzco del mundo en la gentil pavana,
sobre el recio tabalí de mi tizona,
una cruz escarlata, que pregona
mi abolengo de estirpe castellana.

Llevo a los hombros ferreruelo grana,
guío el mostacho a la usanza borgoñona,
y mi blanca gorguera se almidona,
bajo mi crespá cabellera grana.

Tengo cien lanzas combatiendo en Flandes,
mil siervos en las faldas de los Andes,
calderas y pendón, horca y chuchillo,
un condado en la tierra montañesa,
un fraile, confesor de la condesa,
cien lebreles, diez pajes y un castillo».

Inmediatamente acabado el poema, el público respetuoso comenzó a aplaudir y a dar vivas, aunque a continuación se recompu-sieron en sus asientos y abordaron nuevamente sus juegos como si nada hubiera ocurrido.

«¿Dónde me había yo metido?, ¿estaría este hombre bien de la cabeza?, y ¿el resto?» me pregunté.

Me aposenté en una butaca muy cómoda que se encontraba en un rincón, que disponía de una superficie elevada por medio de tres pequeños peldaños y flanqueado por dos ventanales, que permitían que la luz entrase a borbotones; lo cual facilitaba que pudiera ver toda la habitación en conjunto. Mi posición es cierto era un tanto peculiar.

Delante justo de mis piernas había una mesa de madera hermo-samente labrada, tanto en sus patas como en los laterales, con unas dimensiones que hacían fácil el trabajo sobre la misma.

El lugar escogido para ubicarnos, indicado por el que era mi acompañante —llamado de momento el Ruso, ya que desconocía

absolutamente su nombre—, era ciertamente acogedor. Una vez aposentada en tal pináculo para nuestra entrevista, aquel se había dirigido al teléfono, que estaba en una de las mesas de la habitación, rogándome le disculpase unos minutos. Las cosas esperaba yo que comenzaran a aclararse de un momento a otro.

De regreso al lugar en el que yo me encontraba, se sentó frente a mí en un gran sillón e indicó que, además de que se alegraba de conocerme, era ahora un momento estupendo para iniciar las explicaciones pertinentes.

—Mi apellido es más primoroso, quizás que yo mismo —dijo titubeando sin un sentido claro, aunque creo, agregó, que no viene al caso y por ello me lo reservo con su permiso naturalmente.

Parecía ser —pensé— el estreno de una obrita teatral.

—No, no se ve en usted, quizás sí ..., no sé cómo decir... — balbuceaba yo.

—¡Ande! ¡Dígallo! No se reprima. Hoy día, después del 68, el mundo habla de la imaginación al poder; los senegaleses al trono; que los mudos hablen y que enmudezcan los que hablan; las paredes tienen orejas y las orejas paredes; abajo el realismo socialista y viva el surrealismo y tantas otras, ¿verdad?

—Pues sí. Se lo diré claramente, aparenta como..., como un poco desafiante.

—¿Desafiante? Tú qué sabrás niña, tú qué sabrás... —dijo en un tono receloso.

—Por eso he venido hasta aquí: para saber de usted o de ustedes, ya que, según me informaron, podría obtener datos para escribir algún artículo acerca de los integrantes de esta residencia, ya he podido ver a varias personas que deben de alojarse en este lugar, ¿no es así?

—Por cierto —me preguntó el llamado Ruso, bajando el tono de su voz, al tiempo que extendía su mirada alrededor del lugar en el que nos encontrábamos—, ¿tendrías inconveniente en que te tutease?

—No, por supuesto que puede tutearme. Yo en cambio seguiré llamándole de usted, si no tiene inconveniente. Me siento mejor, ya

que me produce sensación de mayor respeto hacia alguien de más edad, ¿le parece bien?

—Me parece estupendo, aunque me gustaría precisarte algo: mi nombre es Jorge; si no te importa, delante de los otros me llamas Ruso, como ellos, o bien Jorge el Ruso; lo de Jorge tan solo que quede entre nosotros, ¿sabes?, es cuestión de galones.

—Claro que sí. Tendré cuidado —respondí—. Y ahora no estaría de más que empezásemos con esta entrevista y, si no tiene inconveniente —añadí—, iré grabando lo que me vaya contando, además de tomar notas en este cuadernillo.

—¡Luz y taquígrafos! —elevó la voz el Ruso—, pero para iniciar lo que tú llamas entrevista, creo que primero debo pedirte que me expliques el interés que te mueve para llegarte hasta aquí, lugar en el que vivimos unos cuantos con ya muchas plazas trasteadas. No sé, tal vez ese artículo que dices desear escribir no podamos rellenártelo como deseas, quizás no sea lo que buscas. En fin, ya veremos.

—Lo del lugar en el que nos encontramos, como anteriormente le indiqué, sí que es curioso, pues, aunque no se lo crea, no sé dónde con exactitud me encuentro, aunque deduzco que es en una residencia un tanto particular. No está lejos desde luego de algún pueblo de la sierra de Madrid; ya me lo aclarará, porque estoy un poco despistada, y el caso es que no sé el porqué. Trabajo en la redacción de un periódico local —le expuse al tal Jorge el Ruso—, en Ávila capital, desde que terminé la carrera, y...

—¡En Ávila! —exclamó, interrumpiendo mi explicación, asintiendo con la cabeza mientras me describía lo que recordaba de esta tan antigua y castellana ciudad— El Grande y El Chico, sus plazas importantes y, cómo no, las murallas eternas; la catedral y qué decir del chuletón y de sus maravillosas yemas; el membrillo de las monjas, ¡qué delicia!; los cuatro postes desde donde se dice que Santa Teresa, uno de los genios de la época, se limpió sus sandalias en un gesto de enfado por la manera en la que le habían tratado las autoridades y también parte del pueblo, aunque puede que sea

una patraña. Y los pueblos de la provincia, a cual más sencillo y tranquilo.

—Sí, quizás fuera una patraña —contesté, comentándole la sorpresa que tenía de ver lo bien que conocía esta ciudad.

—Conozco muchas ciudades de España y precisamente Ávila, tan cercana a Madrid; la he visitado varias veces —me aclaró el Ruso—. Me gusta sobre todo su paz, aunque no desdeño, por supuesto, la buena cocina.

—Cuando acabé la carrera —continué interrumpiéndole—, por medio de una compañera, que es nacida en aquella ciudad, me recomendó al jefe de redacción para que me facilitaran trabajo en aquel periódico; pues me comentó que era un trabajo que me serviría para ir poco a poco metiéndome en la profesión. Por su parte, ella también trabaja en este diario abulense. Meses más tarde me encontré tan a gusto, tanto en la ciudad como en el trabajo, que decidí quedarme por un tiempo y creo que, si el trabajo me respeta, de momento allí continuaré. Regresé de las vacaciones de verano a primeros de septiembre y me incorporé a la redacción, la verdad, no con demasiadas ganas, pues me encontraba un tanto baja de forma. Tenía la ilusión de empezar el otoño de manera que pudiera lograr que fuera un poco más atractivo, más ilusionante. Volver a escribir pequeños artículos de ecos de sociedad, dando cuenta de la puesta de largo de las señoritas Pérez, Rupérez y Tripérez; de descubrimientos de placas; del entierro del señor Don Timoteo; del extravío del bolso de la señorita tal o simplemente de las inauguraciones de algún comercio no era lo que esperaba para esa época del año, que ya es de por sí un poco depresiva. Uno de aquellos días, mi jefe me llamó al despacho y me sugirió que intentara descubrir historias sencillas de seres humanos. Le daba igual la clase o el motivo de aquellas, ya que me notaba un poco desilusionada. Se trataba de poder insertarlas en el periódico los domingos para que pudiesen dar al mismo un pequeño toque de originalidad y calidez. Además, me señaló que no tuviera prisa, ya que esperaba que debía pensar bien los temas para desarrollar,

para que el trabajo no fuera en balde. A decir verdad, no sabía por dónde empezar. Hoy día casi nada es original y encontrar algo que pudiera ser sugestivo no parecía que fuese sencillo. Yo al menos no acertaba con la manera de conseguir algo que tuviera un poco de interés. Quizás el hecho de hallarme en un momento de poca creatividad hacía que estuviese desinflada. El otoño en Ávila me encanta. Los fríos van abriéndose paso, sabiendo que no van a deslizarse desapercibidos. Parece que pretenden revelar lo que más adelante llegará. Un día al salir de mi trabajo, hacia las tres de la tarde, comencé a pasear. Necesitaba centrarme y relajar mi cabeza. El problema es que no sabía qué buscar, ni siquiera dónde. El archivo militar, la biblioteca, el Ayuntamiento, los diferentes conventos, las Notarías, o los Registros, ¿dónde? El parque de San Antonio se encontraba en plenitud de coloridos, en donde, por motivo de la transición hacia el invierno, se mezclaban los verdes decadentes con los amarillos suaves. A su vez, algunas hojas nos ofrecían carmesíes que daban un aspecto alegre al conjunto. No obstante, como antes le decía, no me encontraba muy animada. No tenía un buen día y no por algo concreto. Sencillamente porque a veces tan solo se desea pasear en soledad, sin esperar algo que además posiblemente nunca llega. El camino se alargó un poco, ya que me encontraba tan a gusto que me apetecía tardar algo más en llegar a la casa, que compartía con una compañera de trabajo, también madrileña. A los lados de la ancha avenida central que atraviesa el parque hay unos bancos de piedra, quizás un poco bajos, pues para sentarse hay que forzar un poquito las rodillas. Me acerqué a uno de ellos y pasé la mano por encima para quitar la tierra que el viento había depositado. Me senté y encendí un Lola. Habrían transcurrido unos minutos cuando empecé a fijarme mirando hacia la parte del banco que estaba a mi derecha y pude observar que me encontraba sentada sobre un texto que tenía unas palabras escritas en castellano antiguo y en latín. ¡Caray!, ¡el banco en cuestión era una lápida! Sí, una lápida. Con el tiempo que llevaba en esta ciudad y, además paseando a menudo por este parque, no me había fijado

que, como pude más tarde comprobar, había varios bancos montados con lápidas. Y asimismo, las losas me parecían que podían tener algunos siglos. Mientras terminaba de fumar —lo cual hacía muy pocas veces al día—, trataba de interpretar las palabras escritas en mi original asiento; pero estas se encontraban en mal estado y la dificultad para su lectura era enorme. Unas solas entendí de aquellas que descifraban la vida del que se encontró en su momento, debajo de esta piedra: «...en su busca...1739». Me acordé de que, efectivamente, en una de las plazas de la ciudad llamada El Grande se ajusticiaba a los que bajando por una de sus estrechas callejuelas —quizás la de la Cruz Vieja— habían sido condenados a la pena de muerte. Y me dije: «Eso es lo que tengo que hacer. Buscar y no quedarme quieta. Algo se me ocurrirá, siempre pasa». Me levanté de mi insólito asiento y me dirigí lentamente hacia casa y, como ya había tomado unas tapas en un bar, junto al periódico; ya sabrá usted —le señalé al Ruso— que en Ávila la tapa es algo casi sagrado y son excelentes prácticamente en cualquier lugar que se prueben; por ello, al llegar a mi domicilio, ya no tenía apetito. Entré en mi habitación y me puse cómoda. Inmediatamente me dirigí al pequeño salón, me senté junto a la ventana y empecé a anotar ideas que se me iban ocurriendo, con el fin de que cualquiera de ellas pudiera en un momento dado servirme al fin que perseguía. Al día siguiente en el periódico y con los compañeros de trabajo comencé a preguntar para intentar que alguien que estuviera relacionado con la policía, la guardia civil o con algún juez pudiera guiarme en relación a estos temas y poder, de esa manera, centrarme en algo más definido. Ávila como usted sabe, es una pequeña ciudad y...

—Un momento señorita, un momento. Para el carro. Ahora seguirás con tus explicaciones, pero en este instante toca fumar; son las seis de la tarde y es hora de fumar, no de hablar.

—¿Cómo?, pero ¿qué quiere decir?, ¿que no podemos seguir hablando porque a usted le apetece fumar?, ¿acaso les permiten fumar en esta residencia?

—En primer lugar yo no he dicho nada de si me apetece o no fumar, eso es algo personal, tal vez diría yo que hasta espiritual, según lo que uno se fume —respondió cerrando levemente sus ojos—. Y en segundo lugar lo de permitirnos fumar o no, en esto me parece que estás un poco confusa, y efectivamente no tienes idea del lugar en el que te encuentras. Esta «residencia», como la has denominado, es mi casa, es nuestra casa. No es un centro tuberculoso y además sabes perfectamente que cada uno en su casa hace lo que le viene en gana, y ahora lo que deseo hacer es esto que se llama fumar.

—Pero —repliqué—, comprenda que me llame la atención. Puedo ver perfectamente que no es un hospital, pero parece una residencia de señores de cierta edad, la verdad de no demasiada y según mi manera de entender estas cosas, en las residencias de...

—¿De qué narices estás hablando?, pero ¿a qué residencia de..., según tratas de decirme, de abuelos te refieres? —me contradijo—. Ya te iré explicando, pero ahora te acabo de decir que voy a fumar un pitillo y es el momento de parar de hablar, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —contesté alzando la voz un poquito molesta, mirando con indiferencia y en tono irónico—. Su repuesta llegó con un vistazo malévolamente juguetón, al tiempo que exhalaba el humo de su pitillo.

Los diez minutos que dedicó aproximadamente a su dichoso cigarrillo, los distraje deteniéndome en observar nuevamente el salón en el que nos encontrábamos. Luces ambarinas en lámparas con formas románticas, con un gusto que me fascinaba y cuya luz se reflejaba en la madera de unos muebles clásicos, con tanto estilo y tan acogedores y con tanto..., cómo expresarme, con tanto carácter que parecían que hubiesen sido utilizados durante muchos años y cada usuario les hubiese dignificado con un rastro de su personalidad.

Las cortinas habían sido dispuestas de una manera que obligaba a la persona que se encontraba en el salón a dirigir la mirada y fijarse en ellas. Su aspecto era inicialmente rancio, pero, observándolas

quedamente desde el lugar en el que me encontraba, me fui dando cuenta de que no eran como las había definido, sino que eran más bien unas telas que parecían desde luego muy antiguas.

Con respecto a las paredes, lo que llamaba más mi atención era una serie de pequeñitas esculturas faciales que se encontraban adheridas a las mismas, con formas de angelotes, querubines o infantes. Estaban todos pintados en color púrpura envejecido o al menos eso parecía. Me recordaban a los que se veían a menudo en las iglesias, o incluso en las catedrales.

Jorge el Ruso. ¿Por qué tenía ese alias, mote o lo que fuera? —yo, por supuesto, no pensaba llamarle Ruso, no me gustaban los motes o los apodos esos y no tenían intención de llamarle de esa manera, soy bastante tozuda.

Mientras por fin llegaban los últimos estertores de la colilla, un nuevo residente entró en el salón y, dirigiéndose a una mesa cercana, a la que ocupábamos nosotros, sentándose me miró y, guiñando un ojo, sonrió.

Creo que me ruboricé de manera instantánea. Jorge, apagando la colilla en un cenicero, dijo:

—¡Bah! No te inquietes pequeña, de esa manera te está echando un piropo cariñoso, sin maldades. Es Pepe, el Lejía. Su forma de vivir consiste en disfrutar de cada momento y, como la oportunidad de lisonjear a una mujer en estas latitudes es muy complicada, no ha dejado pasar la ocasión. Además —añadió—, lo lleva dentro y quiere conservarlo. Quizá en unos años, el piropo sea una de nuestras pequeñeces que vaya a desaparecer.

—Por cierto, Jorge, ¿por qué le llama Pepe y de apodo el Lejía?

—Ana, ¡vaya pregunta tan sesuda! Pues porque se llama así.

—¡Ah! Debo entender que este lugar cada quien tiene su mote, su apodo o su alias ¿no es eso?

—Sí, eso es. Menos un par de ellos —contestó perezosamente.

Como la respuesta era claramente cortante, evité hacerme pesada.

Mientras manteníamos esta conversación, me había ido deteniendo en el cenicero en el que Jorge había aniquilado lo que que-

daba de la colilla. Era un gran cenicero de bronce, con forma de león, del que sobresalía con toda su realeza una gran cabeza melnuda y ofreciendo una boca ligeramente abierta, en donde Jorge el Ruso aprovechaba a introducir la ceniza. En el rincón superior se apreciaba extraordinariamente brillante la estrella de David. ¡Una hermosura!

—¡Qué atenta estás!, ¿qué es lo que tanto llama tu atención? El platito, ¿verdad?

—Sí, exactamente el cenicero en el que apagó la colilla —contesté.

—Es un platito —afirmó explicándose Jorge—, en realidad no es un cenicero. Fue regalo de un judío sefardí que se lo entregó a Juan, nuestro director, en recuerdo de un favor que pudo hacerle. Quizás tenga unos 250 o 300 años.

—¿Qué? Pero, ¿me quiere usted decir que está apagando el cigarro en una antigüedad de unos trescientos años?

—Pues, la verdad es que sí. El platito que tanto excita tu curiosidad —explicó Jorge— pertenecía a una familia de origen andaluz, descendiente de aquellos judíos sefardíes que salieron forzosamente de España en el siglo XV y que mantuvieron las costumbres y la lengua propia de esas comunidades a las que pertenecían desde hacía siglos. Poco más de un año después de acabar nuestra guerra, a esta familia, que posteriormente había regresado hacia finales del siglo XIX, como digo, se le planteó un grave problema. Un par de sinvergüenzas, que eran hermanos, quisieron hacer lo posible para que los componentes de esa familia judía fueran expulsados de España y entregados a los alemanes, que se encontraban ya en la Francia ocupada. Juan, nuestro director, era amigo desde hacía muchos años de Arieih, que era el nombre de su amigo judío y, al igual que sus padres, se dedicaba al comercio de telas. Esos dos canallas pretendieron acusarles de colaboración con los rojos, para que por este motivo fueran ingresados en prisión, y como el linaje de la familia era claramente judía, aunque eran españoles, tratarían que fueran entregados a los alemanes. Las cosas no salieron como

esos tipos querían, pues Arieih, que si mal no recuerdo quiere decir león en hebreo, le pidió ayuda. Juan es implacable ante las injusticias humanas, aunque muy débil con sus errores. Arieih le explicó que aquellos individuos le debían bastante dinero desde antes de la guerra, pues se dedicaban igualmente al negocio de las telas. Y con el plan que tenían se lo quitarían de en medio y con él la deuda. Las gestiones de Juan dieron el fruto deseado. Un día se presentó en el despacho de un capitán destinado en la Policía Militar, pero que colaboraba con la Brigada Político Social, en la calle Serrano. Recuerdo perfectamente hasta el número, era el 108, y que durante la guerra había sido la sede de una checa, llamada de la Brigada Especial. Como te digo, aquel militar era persona allegada de Juan y le explicó lo que se tramaba contra Arieih y su familia. El capitán ordenó que se citara a estos sujetos allí mismo, en aquella Brigada. Solo con nombrarla ya era motivo de estremecimiento. El resultado fue que, una vez que se presentaron en su despacho, comenzó el interrogatorio de los dos canallas. Estos no concebían que se les estuviese indagando y menos aún porque ni siquiera creían que existía un motivo. Afirmaban tanto el uno como el otro que durante la guerra habían colaborado con los nacionales siempre que pudieron y que se habían mantenido en Madrid, ayudando a los integrantes de la quinta columna. Como el capitán tenía una gran experiencia, les conminó a que le dijeran de manera inmediata nombres y apellidos de las personas a las que habían ayudado, mientras cogía distraídamente papel y pluma, invirtiendo de esta manera en el largo camino de la inquietud y la turbación. Claro está —dijo impávidamente—; también deseaba conocer los de aquellos integrantes de la quinta columna, con los que habían colaborado, puesto que en el despacho del primer piso se encontraban los responsables directos de la misma que corroborarían, se imaginaba, todo lo que los dos hermanos afirmaban. Estos, desde el principio de la guerra, habían sido captados por el ejército nacional y pudieron sobrevivir, lo que no era verdad, ya que en el piso superior no se hallaban tales personas. El miedo en el cuerpo hace que cual-

quiera que no tenga la frialdad necesaria y que, además de mentir, no sepa de dónde le vienen los tiros, lleva a que las contradicciones salgan rápidamente a la luz. Mira si eran descastados que la turbación les llevó a empezar a acusarse entre sí, uno contra el otro, de mentiras, traiciones y maldades. Quedaron detenidos y acusados de falso testimonio, y de posible colaboración con la checa de UGT, de la calle Nicasio Gallego, número 19, según acusó uno de ellos, pues afirmó que pasaba información de quintacolumnistas, a cambio de su protección. Como puedes apreciar Ana, estos sinvergüenzas encontraron lo que no buscaban. Arieh deseaba agradar a Juan con algún regalo, pero Juan le dijo que lo dejase para más adelante, pues las cosas en esos años no estaban para dispendios. Un día, llegó a la tienda de los padres de Juan un paquete con una carta en su interior y con el platito. En la carta, además de agradecerle lo que había hecho, le explicaba que el platito era conservado de generación en generación por su familia desde el siglo XVII, y que sería el lazo de unión entre ellos para siempre. Y desde mediados de 1940, el platito famoso ha estado siempre con Juan y ahora con nosotros, allá donde nos hemos encontrado.

—¡Qué maravilla! —dije con admiración—. ¡Qué historia tan bonita!

—Pues así fue, pero no le des tanta importancia al platito; es de un material tan resistente que un poco de calor y unas cenizas no le pueden molestar. Además, ya irás descubriendo otros objetos, que son igualmente extraordinarios, y que para nosotros son, simplemente, útiles.

—Y ¿qué fue de la familia del león? —pregunté.

—¿Del león? ¿Ah?.. Mira que eres salada, Ana. Te refieres a Arieh. Siempre, mantuvimos con ellos, la relación que se tiene con personas leales y nobles; en muchas de sus fiestas estuvimos invitados y a muchas de las nuestras acudieron ellos. El hijo de Arieh hoy es un hombre con cierta influencia en Israel. Aunque su lucha, creo que está perdida de antemano.

—¿Por qué? —pregunté con interés.

—Pues, porque trata junto con otros de encontrar el camino para llegar a un acuerdo entre judíos y palestinos, con el fin de que puedan convivir en paz todos juntos en aquellas tierras y, desde mi punto de vista, eso no lo veré yo y creo sinceramente que tú tampoco. Unos, los árabes, entienden que han sido expoliados. Otros, los judíos, consideran que aquella fue su tierra desde siempre y que les ha sido devuelta con justicia, así que, como te digo, creo que nunca podrán llegar a nada, ni siquiera a soportarse. Volviendo, Ana, a la conversación anterior, me gustaría que la continuases allí donde la dejaste. Pero debo advertirte de una pequeña cosa y es que cada hora en punto me toca fumar, como antes. Por lo tanto, ya sabes que a las siete me tomaré el consiguiente pitillo. Una cosa sí te puedo decir y es que no te interrumpiré como hice antes, para que puedas explayarte a tu conveniencia. Así que, comienza cuando gustes.

—Entendido —respondí con vehemencia—. Me había quedado en que, como no sabía por dónde resolver el problema de creatividad o de la búsqueda de información que me facilitara la vía para escribir aquellos artículos, abordé a varias personas que trabajaban en el Ayuntamiento y en los Juzgados, con el propósito de que pudieran orientarme hacia el objetivo que perseguía. Pasaron unos días, cuando una mañana en la que me dirigía a la redacción, uno de mis compañeros que se encontraba en la entrada del edificio me comentó que me habían dejado una nota junto al teléfono del despacho, que compartíamos varios de los que allí trabajábamos. En la nota había un número de teléfono de Madrid con una indicación: «Ana, te han llamado y han dicho tan solo que “encontrarás lo que buscas”». La nota finalizaba con la firma de Óscar, que era uno de mis compañeros y que, lógicamente, era quien había recibido el inesperado aviso. No entendía lo que ocurría, pero inmediatamente marqué el número de Madrid. Una respuesta seca y brusca, contestó: «¿Qué desea?». Mi réplica, educada, consistió en intentar explicarme sobre quién era yo, revelando al oyente el contenido de la nota. Unos segundos de silen-

cio hicieron que me incomodase, pero pasados estos, la persona con la que hablaba señaló imperativamente: «Coja la carretera que se dirige hacia...» En ese momento calló y añadió: «Espere unos segundos». Pasó ese tiempo mínimo y prosiguió: «Me escucha ¿verdad? No coja nada. Cuando tenga la absoluta certeza de querer venirse por aquí, llame nuevamente y ya le informaremos de cómo puede llegar hasta esta casa, si es que se le permite la visita». En ese momento, colgó, sin más. Era evidente que esos instantes de silencio los había aprovechado para consultar o pedir autorización en relación a mi visita. El resto de la mañana en el periódico fue catastrófica. La puñetera llamada me había desorientado. Salí tres o cuatro veces a la calle, tomé dos té con limón en el bar cercano, necesitaba recapacitar. ¿Quién había sido la persona que llamó al periódico, preguntando exactamente por mí?, ¿cómo había sabido que yo me encontraba buscando información para el periódico? y ¿cómo creía que podía brindármela esta persona y con qué intención me ofrecía algo que creía que iba a despertar mi interés? Pasé la tarde en casa. No sabía cómo actuar. Estas interrogantes, al día siguiente, quedaron en parte resueltas. Al punto de llegar al despacho de redacción, una llamada al teléfono hizo que una compañera, alzando su voz, me reclamase para que atendiera al mismo. «Preguntan por ti». «¿Por mí?» respondí. «Sí, Ana, por ti. No hay otra Ana, en este despacho». «Gracias, dame el teléfono, ya voy». «¿Sí? ¿Dígame?» «¿Es usted la periodista que trata de encontrar algún tema original para poder escribir algún artículo que le lleve a su propia satisfacción?» «¿Cómo dice usted? —contesté—. ¿Cómo sabe mi nombre?» «Sencillamente —añadió—, lo sé. Usted busca algo que yo puedo ofrecer. Lo que necesita es alguna historia que le haga sentirse feliz con su trabajo, ¿no es así?, quizás pueda yo conseguirla». «Bueno, dicho de esta manera, pues sí, así podríamos entenderlo —repliqué preguntando nuevamente—, y usted, ¿quién es?» «¿Qué más da eso ahora? Si me permite, a usted lo que le interesa en estos momentos es saber que podríamos proporcionarle un

argumento suficientemente atractivo para que pueda usted crear la historia o las historias que precisa». «Pues mire, estaría encantada de que pudiera hacerme este regalo, pero, sinceramente, lo dudo. No creo que nadie vaya ofreciendo cuentos para que otros los escriban, no lo creo. Además, en el caso de que usted fuese una persona tan altruista, sigo sin creerme que no me pida algo a cambio». «Escuche, no tengo demasiado tiempo y no deseo, de la misma forma, robarle el suyo. Yo no he dicho que no le vaya a pedir a cambio algo. Pues claro que voy a pedirle alguna cosa, ¡no faltaría más!» «Ya lo sabía. ¡Nadie da duros a pesetas! No obstante, para temas de pagos debo, una vez que me presente usted sus ideas, consultar con mi jefe y, posteriormente, él evaluará lo que su información podría suponer». «Deseo insistirle que perder el tiempo es una simpleza que no me ocupa. No he dicho nada de pedir dinero, ni siquiera creo haberlo sugerido. Tan solo le he comentado que algo a cambio me deberá entregar». «Bueno, pues bien, dígame en qué consiste ese algo que debería entregarle por su fascinante historia» contesté ya airada y con un tonillo de impertinencia. «Lo que le pido es que hagamos un trueque. Tan solo eso, un trueque —respondió el anónimo informador—. «¿Un trueque? Pero, ¿cómo que un trueque?» xactamente lo que acabo de decir, un trueque, o si prefiere usted una permuta, un canje. ¿Qué le parece? ¿Está extrañada?» «Pues, ¿cómo quiere usted que me encuentre? ¡Por supuesto que estoy extrañada! Es la primera vez en mi vida que alguien me pide hacer un trueque, me suena a épocas pasadas, a tiempos medievales». «Es que yo soy de épocas pasadas, aunque no nací en la Edad Media. Pero, como la historia que llegará a conocer, estoy casi seguro que le interesará, nosotros habremos cumplido esa parte del trueque y, por lo tanto una vez que tenga en su poder todo el argumento para sus artículos o para lo que tenga por conveniente, en su momento, como le digo, deberá cumplir la parte a la que quedará obligada. ¿Le parece bien?» «No —negué con rotundidad femenina—. Para nada estoy de acuerdo en este lío del trueque o como lo quiera llamar

usted. Y ¿si con el material que me facilita, puedo lograr escribir alguna historia de cierto valor y posteriormente viene usted, me chantajea o me exige a cambio alguna cosa que me puede llegar a ser imposible de cumplir?» «¡Vaya si es usted terca! Mire, mi existencia está absolutamente llena, no me cabe ni un minuto más para personas que sean ajenas a mis experiencias. Tan solo mis amigos, mis recuerdos y mis objetos personales de mis viajes y lances llenan mi vida. No necesito nada, a nadie, fuera de mis amigos, y menos a una persona que ni siquiera conozco. ¿Es que no comprende que, sencillamente, deseo ayudarle? No obstante —añadió—, haga con sus intereses lo que más le importe y, si decide seguir, tendrá que aceptar el trato, que ya le expliqué anteriormente. Además, ¿es que piensa que íbamos a firmar un documento de compraventa o algo semejante? ¿Cómo entiende usted que le iba yo a obligar al final de todo para que cumpliera con su parte? Francamente, tan solo debemos confiar en que el trueque sea cumplido debidamente por ambas partes. Ya le he dicho que soy de épocas pasadas y para mí la palabra es ley. Por el momento, hemos hablado suficiente, así que piénselo y mañana al mediodía volveré a llamarle. Me dará su respuesta y, a partir de ese momento, haremos lo que corresponda. Hasta mañana». «¡Oiga, oiga! ¡Escuche, no me deje con la palabra en la boca!» protesté desesperadamente. Mi petición fue inútil, me colgó. Sí, me colgó. ¡Vaya genio! «Pero, ¿qué es lo que me está pasando? No me gustan demasiado los misterios, ni los enigmas. Eso se lo dejo para los detectives y para los arqueólogos. Soy una chica de lo más normalita, con mis vaqueros y mi jersey largo, con mis copas de fin de semana, junto a mis amigos. ¿A qué viene todo esto? ¿No sería más oportuno bajarme en esta estación y que otro suba en este tren? De eso nada monada —me dije—. Esta vez, serás tú la que te eches hacia adelante, en vez de quedarte tranquilamente mirando cómo otro más intrépido y seguramente con más ambición saca provecho de todo lo que se le presenta en el camino. ¿Qué historia me querrá contar esta persona? Aunque pensando

un poquito lo que ha dicho, en realidad ha hablado en plural. No comprendo lo que puede tramar. En fin, trataré de que cumplan la parte del trato y más adelante veré si yo cumplo la mía, ya que no se aún cuál es». A mediodía, como habíamos quedado, me senté delante de la mesa en la que estaba el teléfono. Pero llegaron las doce y media y el personaje en cuestión aún no había llamado. Esperé con ansiedad durante el resto de la jornada y cuando llegó el momento de salir del trabajo, acabada la jornada en el periódico, miré con rabia el teléfono, además de jurar en hebreo. Me detuve delante de la puerta antes de pisar la acera, sonriendo por causa de mi genio, que era en ocasiones como la gaseosa, como siempre decía mi madre. Llovía ligeramente, era muy agradable. Una lluvia muy fina refrescaba mi rostro una vez que paseando levantaba la cara para que el agua, como espolvoreada, me llegase en gran cantidad. La temperatura era excelente, no así la mía. «¡Ana, Ana!» me llamaron repentinamente desde la entrada del periódico. Me volví y pude ver al señor del Valle, que era la persona encargada de la recepción, agitando un sobre mientras se acercaba torpemente hacia mí, pues ya era una persona muy mayor. «Han dejado este sobre hace como una hora para que te lo entregase en cuanto pudiera, y como tuve que salir primero a Correos para llevar unos paquetes a certificar —trataba de justificarse—, no he podido antes subírtelo. Por cierto, que en la estafeta no he podido acolantarme, pues la gente hoy no sé lo que la pasaba, se me ha puesto a gruñir y por eso he tardado». «No se preocupe, señor del Valle, que no tiene la más mínima importancia; por cierto ¿quién ha sido el que lo ha traído?»

—Un momento, Ana, ¿qué es eso de *acolantarme*? —preguntó Jorge el Ruso.

—¡Ah!, es una palabra muy abulense —respondí—; significa colarse en la fila. Sí, es muy graciosa.

—Y por lo que se deduce de esta palabra y que la gente estaba más gruñona, entiendo —afirmó Jorge— que se... acolantaba a diario.

—Sí —me reí al recordar al señor del Valle—. El truco que hacía casi siempre que iba a Correos era exagerar una cojera, que era cierto que tenía, para que las personas que guardaban la fila le permitiesen pasar antes que ellos.

—¡Ah!, ¡qué curioso! —dijo el Ruso—, por estas latitudes tenemos otro experto en esa misma especialidad. En fin, ya lo conocerás.

—«Me lo entregó un muchacho de unos quince o dieciséis años y tan solo dijo que era para Ana, de redacción», se explicó el señor del Valle. «Pues muchas gracias y hasta la tarde, que me voy corriendo a casa». Esto sí que tenía gracia, un sobre o carta me llegaba de mano en mano, es decir, debo concluir que alguien en Ávila se ha ocupado de este servicio, veremos... Llevaba el sobre amarillento quizás color vainilla agarrado en mi mano con cierta inquietud, ya que estaba segura de que en el interior se encontraba la aclaración al plantón telefónico que había recibido. Lo abrí despacio, pero con fuerza furiosa, mientras me dirigía hacia mi domicilio; no me di cuenta siquiera del camino que tomaba. Comencé la lectura del folio, que en su interior se encontraba escrupulosamente doblado:

Señorita Ana:

Soy a veces un poco esquivo, a menudo de manera involuntaria, como es el caso, y lo siento sinceramente. Como le comenté, mi intención era volver a comunicar con usted al mediodía de hoy, pero, como ha podido comprobar, no he cumplido con la llamada.

Disculpe esta pequeña falta, pues el motivo ha sido un impensado viaje que a primera hora de la mañana he debido realizar y, como no sabía si podría llamarle, he decidido a cambio hacerle llegar estas sencillas líneas.

¿Ha decidido aceptar el trueque?

Estoy prácticamente seguro de ello. ¡Qué tontería estaría cometiendo de no ser así! Uno nada pierde, cuando nada tiene. Si ha aceptado el trato, verá cómo irán discurriendo las

cosas y al final usted misma decidirá si lo que entre manos tiene encierra cierto valor para su publicación, en cuyo caso deberá cumplir con la parte del pacto. Y si por el contrario no llegase a gustarle, lo destruye y aquí paz y allá gloria.

¿Recuerda el número de teléfono al que usted llamó el otro día? Supongo que lo tendrá anotado. Pues bien, mañana a las diez márkelo nuevamente y a la persona con la que hable infórmele del contenido de esta carta, la cual ya previamente sabrá de qué trata y le indicará cómo llegar al lugar en el que podrá trabajar.

Además, si así lo ha decidido, cuando llegue le estará esperando una persona que inicialmente guiará su encantadora visita.

Es un poco estirado, pero, si respeta sus tiempos, que para él son sagrados, le llevará poco a poco hacia el conocimiento de aquello que creemos está buscando.

Que tenga mucha suerte y confíe en su destino.

Atentamente, se despide de usted Juan, un amigo y...

s.s.s. (El escrito carecía de firma)

PD: De lo que deberá entregar a cambio, ya sabe, el famoso trueque, será informada cuando haya terminado todo su trabajo con nosotros.

»Me encontraba perpleja. ¿No sería esto una broma? Pero, ¿cómo que nada tengo, se habrá creído este tío que soy una periodista vaga o algo así? ¡Que le den dos duros! Voy a mandar esto a la porra, me estoy empezando a cansar de este lío y aún ni siquiera ha empezado. «Tranquila Ana, recapacita —me contuve a mí misma—. Y, ¿si no es tal broma? Puede que si la historia o historias que me quiere contar es lo que necesito; mi trabajo sería, según me dijo y es verdad, lo que más feliz me haría en estos momentos. Además, ¿qué puedo perder por unas horas de entrevista con una o dos personas? nada de nada. Así que vamos, veremos en qué queda este vodevil». Me encontraba cerca de mi apartamento y cuando

entré en él llamando a mi compañera, esta como casi siempre no respondió. Nos llevábamos estupendamente, pero había una pequeñez en la que éramos muy distintas. A María se le caía encima la casa y cualquier motivo, por mínimo que fuese, era suficiente para que abriendo la puerta saliese como un rayo despidiéndose con un «hasta luego, Anita, tengo muchas cosas que hacer». Naturalmente en ocasiones esta manera de ser me venía al pelo, pues podía estar en casa como en un monasterio, acompañada de mis pensamientos y papeles. Fui al baño pensativa y, mientras me duchaba, volví a reconsiderar toda esta trama que me traía por el camino de la amargura. ¡Con qué absoluta incapacidad de decisión me encontraba! Quizás debería consultarlo con alguien de la redacción o incluso llamar a mi padre que siempre me daba los mejores consejos. Pero, no. Esta vez actuaría según mi instinto, así que mañana a las diez en punto consumiría la misteriosa petición de visita a la casa de esa persona o personas. La ducha sirvió para relajarme. Una pequeña siesta después de tomar una ensalada bastante completa y un poco de pollo a la plancha hizo que me permitiera soñar con historias detectivescas y misteriosas. A la mañana siguiente, a la hora señalada, marqué el número de teléfono que tenía apuntado en una pequeña libreta. Junto a mí se encontraban dos compañeros más, haciendo su trabajo. «¡Dios mío! Está comunicando. Tranquila Anita, no pasa nada. Es muy normal que un teléfono comunique —me dije—. Aunque la verdad, estoy cardíaca perdida. ¡Qué majadería! Pero, ¿por qué estaré tan neurasténica?» Intenté sosegarme diciéndome: «Pero si es solo para aceptar una invitación. Si tan solo es para entrevistar a algunas personas y nada más que eso». Pero mi técnica para calmarme no funcionaba. Seguía muy inquieta y no tenía además un motivo de peso para encontrarme en ese estado. No obstante, mi interior me decía que lo que me estaba ocurriendo no era normal, que había algo efectivamente misterioso y que, si daba el paso adelante, me encontraría de bruces con ese cofre lleno no sé de qué absurdas historias. También razonando de otra manera, pensaba que posiblemente mi preocupación era excesiva.

«Dígame», contestó una voz seca y fuerte, cuando nuevamente llamé a aquel número de teléfono. Desde luego parecía la de la primera llamada. «Buenos días. Soy la periodista que el otro día hablé con usted. ¿Recuerda?» «No. Yo no he hablado con una periodista en mi vida». «Bueno..., esto..., pues ahora lo está haciendo —dije con serena firmeza, recuperándome del corte que me acababan de dar—. Mi llamada es para confirmar mi visita y para realizar una entrevista a un señor que vive, parece ser, en esa casa y que aún no sé cómo se llama», acabé mi frase con absoluto orgullo. «Puede usted venir. Está autorizada —contestó inmediatamente—. El próximo sábado a las cuatro de la tarde deberá encontrarse en Madrid. Hay una cafetería, de las que Madrid aún conserva, en la calle de Torrijos esquina con Don Ramón de la Cruz; su nombre es Salón Azul. Justo en la entrada del café se encuentra el metro de Lista, salida a Don Ramón. ¿Me va comprendiendo?» «Sí, por supuesto. Yo soy madrileña y conozco perfectamente el lugar al que se está refiriendo, aunque ahora, desde hace ya mucho, la calle Torrijos se llama calle de Conde de Peñalver». El informante ignoró a conciencia mi evidente indicación socarrona. «Deberá, como le he comentado, estar allí a las cuatro. Siéntese en una mesa y pida una consumición y luego espere». «Oiga, escuche. Si todo esto es una broma —dije—, ya vale. Me estoy cansando de tanto enredo y de tanta cautela. O bien me informa y me aclara algo más o desde luego de mi casa no me muevo». «Puede hacer usted aquello que mejor le parezca. Eso es cosa suya. Si desea seguir con lo hablado, encuéntese usted a la hora y en el lugar señalado. Si no lo hace, entenderemos que todo esto no le interesa. Que tenga un buen día». «Pero, ¿quiere escucharme?» grité. No hubo forma humana de evitar que nuevamente me colgasen. «¡Jobar, jobar y jobar!» grité para desahogarme. Estaba muy enfadada y casi dispuesta a coger el teléfono y mandar a hacer gárgaras al telefonista, aunque ya no pudiera oírme. Esto fue tal cual se lo cuento —dije, dirigiéndome de nuevo al tal Ruso y continué mi explicación—. Ávila es una ciudad muy castellana, sin contaminaciones de culturas ajenas a

Castilla. Sí es verdad que muchos pueblos invasores llegaron a esta tierra, pero se mantuvo firme como sus murallas y pudo conservar su carácter, que no es ni mejor ni peor que el de cualquier otra ciudad de España, tan solo es el suyo. La vida en esta ciudad como en toda la provincia es sosegada, tranquila y muy familiar. En el tiempo que llevo viviendo en ella, creo que ya conozco a la mayor parte de los habitantes, al menos pienso que me habré cruzado con ellos alguna vez por sus calles. Los paseos dentro de la ciudad para aquel que llega por primera vez son sorprendentes. Parece como si accedieras repentinamente a una época distante de la nuestra en tres o cuatro siglos, de manera que tan solo tienes que abstraerte de ruidos y distracciones. Me he hecho un poquito abulense y los sobresaltos no me son apetecibles. A pesar de todo, como antes le comentaba, decidí aceptar este trabajo tan..., como denominarle, tan... digamos inaudito. Y las horas que debían transcurrir, hasta que llegó el momento señalado de las cuatro de la tarde, se me hicieron eternas. Lo más gracioso, pensaba, sería que después de visitar el lugar al que debía de ir o lo que aquello fuere, quizás me encontrara con alguna nadería y todos mis nervios se mudaran en decepción. Porque en realidad, ese tal Juan que había escrito la carta, tampoco me había asegurado que las historias que me fuese o fuesen a desvelar, llegasen realmente a cautivarme, como para luego publicarlas; eso sí que era verdad. Por lo tanto, ya vería yo si mi parte del trato lo cumpliría o vaya usted a saber qué haría en ese momento. Comprenda Jorge que yo iba un poco a ciegas a esa reunión fantasma, en la cafetería de la calle Conde de Peñalver.

—Sí, sí. Claro que sí —afirmó cortésmente Jorge—. Pero ahora lo siento, señorita, han llegado las siete en punto, ¿ves?, y es mi momento de fumar —mientras me señalaba con su mano derecha el reloj de pesas que estaba enfrente de nosotros y que en ese momento iniciaba con mucha elegancia y serenidad el tañido de sus cadenciosas campanadas.

Mientras Jorge, después de que el reloj marcara las siete, abría el paquete de tabaco para extraer un cigarro y encenderlo, yo me

levanté y me acerqué dejando que mi mirada rozase de arriba abajo el carillón —pienso que así se llamaba el modelo de reloj—. «Esta gente de dónde habrá sacado tanta hermosura» pensé.

Aproximadamente debía de medir unos dos metros y en su interior tres pesas de bronce descendían lentamente cuando las campanas iban descargando su sonido. El péndulo era espectacular, redondo y brillante como un sol. Los vidrios biselados y la numeración era romana, pero de manera superpuesta también había números arábigos, o sea, los europeos. La marca era alemana o suiza seguramente, no pude saberlo. Me pareció que el año era 1900, sinceramente, aunque me levanté y me acerqué, no se veía bien la fecha.

Volví de nuevo a la mesa y Jorge fumaba con verdadera emoción. Me miró. Sonrió echando hacia atrás su cabeza para apoyarse en el sillón, cerrando los ojos. De manera suave se escuchaba una música de fondo, una pieza clásica que me pareció una preciosidad.

Me senté y no pude esperar más para preguntar:

—¿Es que no puede usted fumar mientras le siga contando lo que ocurrió ese sábado en Madrid cuando acudí a la cita?

—Ana, no seas testaruda. Creo que ya te avisó tu anónimo informante que respetar mis momentos de especial dedicación, y el fumar es uno de ellos, era tan importante como para ti los tuyos de trabajo. Además, disfruto con esa música..., tan bella y antes te comenté que no me importaría seguir la charla a pesar de mis cigarrillos, pero como de repente te has ido de excursión...

—¿Te gusta la música clásica? —dijo Jorge.

—Sí, me gusta mucho, pero determinadas obras, no en general.

—Quizás sea por no ponerte y tener paciencia, pues en la mayoría de piezas se saca un conjunto de virtudes: sosiego, exaltación, fuerza, ligereza, alegría, melancolía, soberbia, encanto, quietud, arrebatos y tantas cosas más. Es Albinoni. Una sonata para violín y clavicordio. Albinoni fue un compositor veneciano del Barroco que creó un gran número de óperas, pero que en realidad se hizo más famoso por su faceta instrumental y, a diferencia de casi to-

dos los músicos de aquellos tiempos, no buscó trabajar ni para la iglesia, ni para los nobles, pues parece ser que disponía de rentas suficientes heredadas. Es una preciosidad, ¿verdad Ana?

Asentí suavemente, también me encontré muy a gusto, ese violín era tan nostálgico... las sensaciones que me producía tenían, estoy segura de ello, que ver mucho con el lugar en el que me encontraba.

—Observo que te fijas en todo lo que esta casa contiene —señaló, mientras iniciaba ya en profundidad, el final de la mística *fumata*. Al mismo tiempo se levantó, diciéndome— quédate un poco tranquila aquí, que estoy esperando una llamada y voy a comprobar si me han dejado alguna nota o recado al respecto, ahora mismo vuelvo.

Por mi parte continué el reconocimiento de la sala en el que nos hallábamos y comencé también a repasar los instantes anteriores, hasta que me había aposentado en el lugar en el que me encontraba.

Para acceder hasta esta sala, inicialmente tuve que pasar a través de un porche —por cierto magnífico—, que se perdía en ambas esquinas vistas desde la puerta de la entrada, a derecha e izquierda, y parecía que prácticamente dominaba todo el perímetro de la casa. Una vez traspasado el porche, entrabas en el vivienda a través de un vestíbulo muy amplio, que, al menos a mí, me hizo sentir confusa.

Como digo, este recibidor, además de espacioso, era como si estuviese imantado. Quiero decir que no sé por qué tratabas de mirar y retener con avidez todos los artilugios que se encontraban colocados en el interior de las vitrinas.

Estas se situaban a ambos lados de las paredes, las cuales se adornaban, además de por las vitrinas, por unos cuadros de diferente tamaño relativos a dibujos de los que sinceramente no llegué a fijarme bien, pues mis ojos se dirigieron principalmente a las vitrinas y a los objetos que contenían.

En ellas y durante los escasos minutos en los que permanecí

allí a solicitud mía, junto a la persona que me había traído desde Madrid —conduciendo el Dodge, pues me había detenido en ver la matrícula y la marca, por lo que pudiera ocurrir—, pude fijarme que había tantos objetos, tan dispares y curiosos, que fue lo que llamó más mi atención.

La vitrina situada a la derecha según se entraba contenía un letrerito del que solo pude leer la palabra «espadas», aunque no vi ninguna y, justo a su lado, se encontraban unas barras de hierro unas encima de otras, de diferente tamaño y grosor. Junto a estas, había un grupo también numeroso de llaves grandes, pequeñas y pequeñísimas, de diferentes formas. Eran llaves de hierro, de distintas tonalidades, oxidadas y envejecidas, algunas de las cuales llevaban colocado delante un cartelito que algo detallaba y que no me entretuve en leer. Candados redondos, cuadrados, alargados. Como algo curioso, observé en un estante de esta vitrina una teja de esas antiguas, que llaman árabes, encima de un pequeño pedestal de madera y acompañada también de un letrerito.

Rápidamente dirigí la mirada hacia la otra vitrina, situada frente por frente de la primera, en la que pude ver en su parte superior diferentes marcos de fotos antiguas, unos pañuelos de seda de colores variados y, a su lado, guantes de piel, de lana, de tela y gorras y verdugos de distintas tonalidades y formas; capuchas parecidas a esas que ponían a los condenados a muerte; destornilladores, martillos y alicates. Era desde luego muy raro. Todos estos artilugios se acompañaban de letreritos explicativos que no me dio tiempo a leer.

Sí me fijé y leí un verso que en un cartelito acompañaba un libro:

*«Ni reconocí sagrado,
ni hubo razón ni lugar
por mi audacia respetado;
ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar.*

*A quien quise provoqué,
con quien quise me batí,
y nunca consideré
que pudo matarme a mí
aquel a quien yo maté».*

Escena XII de José Zorrilla

Era, evidentemente, el Don Juan Tenorio.

—Es una primera edición de Don Juan Tenorio de Zorrilla y firmada por el autor —me aclaró inesperadamente mi acompañante.

—¡Vaya!, es una suerte tener un libro así —dije.

Como respuesta me ofreció una media sonrisa.

Pero junto a una de las vitrinas había una pequeña mesa rinconera, redonda y trabajada con mucho gusto. Sobre ella una calavera que imagino una imitación —aunque me impresionaba por su realismo— del tamaño de un balón pequeño con un letrero en su base que decía:

«Lo que eres fui. Lo que soy serás». Estas palabras jamás se me olvidarían, tan tétricas como auténticas.

Desde el recibidor se llegaba a la coqueta sala en el que me encontraba con Jorge, a través de un pasillo largo y ancho, cuyas paredes estaban vestidas con unos cuadros de tamaño considerable, con unas láminas preciosas realizadas al carboncillo que representaban rostros y bustos de hombres demacrados y descarnados. Parecían de baja clase, digamos mejor de baja calaña. Eran tan reales que no hubiese pasado por el pasillo sola durante la noche ni en broma.

—¿Qué deseas tomar Ana? —preguntó Jorge, que regresaba de su comprobación telefónica.

—Nada, de verdad, muchas gracias —contesté a Jorge.

—Escúchame lo que te voy a decir. Esto va para largo, niña. ¿Es que acaso crees que vas en este rato a poder obtener la información suficiente para luego escribir algún artículo que merezca

la pena? Las viandas, ya sabes, a fuego lento y con mucho cariño salen muy sabrosas.

—Jorge, no es por nada, de veras. Pero como cada uno de los que me quieran contar sus peripecias se pare cada rato para fumar, tomar café, llamar por teléfono o echarse la siesta, desde luego ni en un año sacaré de aquí más que un par de folios.

—No seas impaciente, hay tiempo —contestó—. Ten en cuenta que son ya las ocho menos cuarto; tan solo en este rato no vas a poder hacerte una idea de lo que aquí, en esta casa, quizás llegues a encontrar.

—No, no... —dije, con sorna—. Si ya me estoy haciendo un poco a la idea de dónde me he metido. Después de un verso recibido nada más pisar esta casa, de ver en la entrada unas vitrinas llenas de unos objetos dignos del museo de Luis Candelas y de José María el Tempranillo, una mesa con una calavera que te amenaza y unos preciosos dibujos de personas tan reales que parece que al pasar por el pasillo te van a atracar, como le digo Jorge, ya me estoy haciendo a la idea de dónde me encuentro.

—¿Ah?, ¿sí?, ¿ya crees que sabes dónde estás? —me respondió con tanta guasa que me desconcertó.

—Pues sí —dije con valor—. Estoy en una casa un tanto especial. Posiblemente de artistas de toda clase de artes... o quizás de unos coleccionistas, tal vez de unos bandoleros; todo podría ser, porque tantas llaves raras, guantes y pañuelos, como los que se ponían los salteadores de caminos, me llevan a esta conclusión ¿Qué le parece?

—Nada. Que me parece que eres muy sagaz. Efectivamente —me contestó—, es una casa llena de artistas. Sí, claro que sí, de grandes artistas —remarcó Jorge esa palabra de manera muy clara y a la vez profunda, pues al mirarme hizo un gesto con su boca como si fuera un jugador de mus, mientras sonreía disimuladamente—. Te repito que tu historia será lo suficientemente interesante y extensa, estoy seguro de ello. Pero necesitas tiempo. Estimo que,

para lograr el objetivo que desees, deberás trabajar aquí durante cinco o seis días, quizás alguno más.

—Pero —interrumpí— me es imposible estar yendo y viniendo cada día con el fin de grabar y tomar notas. Mi jefe que, aunque es una persona muy complaciente, no permitirá tanto trasiego sin saber desde luego de qué va todo esto.

—Ana —prosiguió Jorge—, hoy es sábado, ya estás aquí y no hay lugar en el mundo más tranquilo que este para lo que desees y, además, a las nueve y media cenaremos y de esta manera podrás conocer prácticamente a todos los que aquí vivimos. Mañana domingo seguirás con tu trabajo durante todo el día y con suerte, como digo, en breves días tendrás el material preciso. ¿Qué? ¿Te agrada la idea?

—Me encantaría, pero es que tendré que pedir permiso para que el lunes pueda continuar. No sé..., y ¿dónde dormiré?

—El lunes —me dijo Jorge— pide ese permiso a tu jefe y en lo que respecta al dormir, pues mujer, tendrás que dormir en una cama, ¿no crees? Indiscutiblemente en una cama de esta casa. En la parte que nosotros llamamos contigua se encuentran varios dormitorios; hay ocho todos ellos vacíos, además de otros nueve que hay en la primera planta a la que se accede desde la escalera, y es en esta en la que dormimos los que de momento residimos aquí.

—Dígame, Jorge, desde que hace unas horas he llegado a esta casa, no he visto ninguna mujer.

La respuesta de Jorge no se hizo esperar.

—Pues hubiese sido un auténtico milagro que hoy encontraras a alguna entre estas paredes, excepto tú. La hay, pero no se encuentra estos días por aquí y no creo que llegues a conocerla, no dará tiempo.

—Es decir, Jorge, que se lo hacen ustedes todo, ¿no?

—Sí, nosotros. Entre todos nos arreglamos. Aunque sí es cierto que una vez cada quince días traemos tres señoras del pueblo cercano que dan un repaso general a todo. A cada uno de nosotros le corresponde mantener en perfecto estado su habitación y rotativa-

mente nos va tocando a todos asear y limpiar los baños comunes, salas, pasillos, escalera y biblioteca. Por otra parte Pepe el Lejía y el Araña tienen las obligaciones propias de la entrada, porche, teléfonos y el pequeño jardincito que habrás visto en la entrada. Con respecto a la comida, François es nuestro jefe de cocina ayudado por Carlos, al que llamamos Pasmó, con pe mayúscula como a él le gusta decir. El galo, estoy seguro, es el más joven de nosotros —indicó Jorge en voz baja—; debe de andar rondando los sesenta y cinco, aunque es un poco presumido, es de París. Ya sabes los creídos que son estos gabachos y más si son parisinos, dice siempre que tiene sesenta y dos. Por cierto, Ana, Pasmó no está entre nosotros, así que yo te...

—¿Cómo que no está entre ustedes? —interrumpí—, ¿es que se ha muerto?, ¿por qué ese mote de Pasmó?

—¡Qué va, mujer! Lo que pasa es que está de vacaciones con la familia, la cual reside allá por Cáceres. Como él no se encuentra aquí y no sé cuándo regresará, yo mismo te contaré algo de Carlos. ¿Quieres que empiece ahora mismo?

—Sí, estupendo. Espere, que doy al botón de la grabadora.

—Parece ser —dijo Jorge— que procedía de una familia que formaba una banda de atracadores que se hicieron famosos antes de la Guerra Civil, siguiendo sus correrías durante la misma e incluso acabada esta. Entre sus múltiples delitos figuraban también el de ser cuatreritos y bandoleros. Era un grupo de cuatro, parientes unos con otros y nuestro compañero Carlos tenía también algo de parentesco con esta gente o al menos eso dice él. Se dedicaban al atraco de bancos y de almacenes de alimentos. Además les dio por robar ganado, sobre todo cochinos, que mataban y posteriormente vendían una vez descuartizados. Durante la guerra estuvieron integrados en un grupo anarquista, ya que muchos delincuentes, aprovechando la que se armó en el 36, y sobre todo al principio de la rebelión, fueron a alistarse en sindicatos o partidos con el fin de poder así cometer más fácilmente sus fechorías. Inmediatamente después, cuando

terminó la Guerra Civil, fueron perseguidos por Andalucía, que es donde se ocultaron, ya que parece ser que contactaron con otra banda que se conocía por los Jubiles o Juiles. El trato para unirse ambas bandas, según nos ha contado Carlos *Pasmo*, tuvo lugar en Bailén en la primavera del 43 y a finales de año se dirigieron hacia Ciudad Real. Los Jubiles y los familiares de Pasmo, a los que llamaban los Galanes, se dirigieron poco tiempo después hacia Córdoba, pero como cada cual es hijo de su padre y madre decidieron separarse, pues las rencillas y calenturas entre ellos podía llevarles al desastre, cosa que, no obstante, a las dos bandas les llegó de parecida manera. Parece que a finales de diciembre o primeros de enero del 44, una patrulla de la Guardia Civil recibió a través de un infiltrado, que había entrado en la banda de los Jubiles, una importante información que facilitaba el lugar exacto en el que se podría encontrar el grupo. Los civiles organizaron un plan para detenerlos. Pero eran unos tipos muy duros, no iban a entregarse así como así. El asunto terminó en un rudo enfrentamiento en el cortijo en el que se escondían y allí murieron seis de los siete que se encontraban en el mismo. El que dirigía la banda, un tal Francisco Rodríguez, pelo moreno, rizado y con bigote, era de sumo cuidado, según nos ha contado Pasmo. Al cerco y acometida de la Benemérita sobrevivió un chico de unos veinte años, el cual pudo escapar meses después de la cárcel de Córdoba en la que esperaba su procesamiento. Este muchacho fue el enlace que puso en contacto a los dos grupos de bandoleros y se le conocía como el Quincallero. De él nunca más se supo y, según la Guardia Civil, debió huir hacia la sierra o a los montes, desapareciendo. Con respecto a los Galanes, acabaron también de mala manera...

—Pero, Jorge, ¿este Carlos Pasmo era también bandolero?

—Bueno eso nunca lo ha dicho, quizás sí o quizás no.

—La Guardia Civil —continuó Jorge con más paciencia que Job— estuvo esperándoles a que hicieran acto de presencia en uno de sus escondrijos durante tres meses y, cuando llegaron, les die-

ron el alto. Inmediatamente se lió un tiroteo de muy señor mío. El resultado fue que los cuatro de la banda murieron por las ráfagas de ametralladora. Tan solo uno de ellos pudo sobrevivir al enfrentamiento muy mal herido. Luego, después del juicio y de que se restableciera, sería condenado al garrote. Parece ser que pudieron probarle varias muertes en los atracos en los que participó. Por cierto, Ana, yo tuve un antepasado que también murió agarrotado.

—¡No me diga, Jorge, no me diga! —le dije, acentuando mi admiración y también mi espanto.

—Pues sí que te digo, mujer. Y además fue muy famoso, pero ahora no es el momento, ya le contaré otro día acerca de este sonado personaje; es mejor que continuemos con lo que nos ocupa y no mezclemos tanta historia, pues al final te liaremos entre unos y otros.

—Muy bien, Jorge, pero esto me lo apunto en mi cuadernillo para que no se me pase y poder recordarlo en el momento debido. O sea, un ajusticiado familia de Jorge el Ruso, y muy famoso. ¿Sería un criminal? —pregunté impacientemente.

—No te voy a decir absolutamente nada, en su momento le conocerás —contestó—. Carlos Pasmó, por otra parte —continuó Jorge—, fue conocido de un famosísimo torero, según parece de Juan Belmonte, el cual no sé de qué manera le permitió llevar ese apodo de Pasmó, que era como al parecer llamaban a Belmonte. La historia final de este torero, es un tanto dramática. Yo no soy un entendido del toreo, pero creo que este fue distinto a todos. Su amistad con Joselito, otro de los que se distinguió del resto, fue leyenda. Según opinan los entendidos, Belmonte sucumbió, en realidad, cuando su amigo Joselito fue muerto en Talavera por un toro burriciego, de esos que ven bien de lejos, pero mal de cerca. Belmonte, ya retirado, se pegó un tiro en su finca cuando contaba setenta años; parece que había caído en lo que se llama... un mal de amores. ¡Anda!, se me ha pasado la hora de fumar; son las ocho y media. ¡Mira que me haces hablar, muchacha!

—Vale, estupendo, cuando le parezca seguiremos —respondí.

—Oye, Ana, ¿en dónde se encontraba nuestra anterior conversación?

—Hablábamos del dormitorio en el que iba a dormir, de pedir permiso el lunes a mi jefe y ahora recuerdo una tercera cosa: la de avisar a mi compañera de apartamento de que no iré a dormir, para que no se alarme.

—Bien vayamos por partes —añadió—. Lo primero, si te parece bien, te voy a acompañar para que puedas elegir cualquiera de los dormitorios de los que hay en la zona contigua, en donde de momento nadie ocupa; todos nosotros lo hacemos en la primera planta. De esa manera te encontrarás como en un apartamento propio. Cada dormitorio tiene un pequeño aseo con ducha, así que estoy seguro que te encontrarás a gusto. Podrás lustrarte a tu conveniencia y, cuando sea la hora de la cena, subiré a avisarte hacia las nueve y veinte, para que a las nueve y media nos encontremos todos en el salón. Cuando bajemos para ir al comedor te presentaré al resto de los compañeros. Por otra parte, nuestras sobremesas suelen ser bastante interesantes y animadas; tendrás ocasión de pasar un buen rato —añadió Jorge—. Si te parece vamos a subir que quiero mostrarte los dormitorios.

—Pero ¡ni siquiera he traído un pijama! —repliqué.

—Niña, no me hagas reír; ¿es eso para ti un problema? Cuando llegue la hora de dormir hazlo a tu gusto, por la ropa no te has de preocupar. Uno de los que te recogió y te trajo hasta aquí se encargó igualmente de comprar un pijama de señora y, seguramente, se habrá acordado de dejártelo por arriba. Además espero que no te inquietes por situaciones incómodas, que en esta casa no es posible que se produzcan. En nuestro establo no hay novillos, lo que hay son bueyes y ya muy carreteados.

Estallé a reír con tanta energía que llegué a contagiar a Jorge, por lo que subimos carcajeándonos por las escaleras, no pudiendo evitar la sorpresa de la persona que en primer piso se encontraba, el cual, con los ojos bien abiertos y una media sonrisa, esperaba posiblemente una explicación.

—¿Qué hay, Jabato? —preguntó Jorge sin parar de reír a un señor muy elegante, delgado y con algo que no pudo evitar que me llamara la atención: su extraordinaria estatura para la edad que tenía—. Voy a enseñar a nuestra invitada el piso de arriba para que decida cuál de los dormitorios le gusta.

—Encantado señorita —respondió el tal Jabato mientras me alargaba la mano—. Para usted me llamo Víctor. Espero que se encuentre a gusto en esta nuestra casa, que ya es la suya, entre tanto... virtuoso —elevó su voz al expresar este adjetivo.

—Muchísimas gracias por sus cumplidos. Quizás podré hacer un buen trabajo.

Esta persona, Víctor, inclinó levemente su cabeza para protagonizar mi despedida y, alejándose de nosotros, comenzó a descender por los escalones desapareciendo en la planta baja, lo que me hizo aprovechar esta circunstancia mientras subíamos al ático para curiosear, preguntando acerca de la palabra que había enfatizado al parecer un tanto en plan de ataque: «virtuoso».

—¡Qué va! ¡Que no! —Jorge respondió y señaló—. ¡ Si es un tipo estupendo! Quizás Jabato sea de los hombres más honestos y leales que en mi vida he podido conocer. Además, como pronto podrás descubrir —señaló —, forma parte de la vida de todos los que aquí nos encontramos —y rio con gran regodeo—. Ya verás de qué manera formó, pero, ya sabes, todo a su debido tiempo. Por lo demás, no te extrañe lo que ha dicho Jabato —añadió—. De alguna forma lleva razón en lo de llamarnos virtuosos, ya lo irás comprendiendo.

La escalera que llevaba tanto a la primera planta como a la zona contigua desembocaba en un pasillo o corredor que, dando la vuelta en cuadro, me recordaba a esas casas andaluzas señoriales. Por este pasillo se podía acceder a cada dormitorio y facilitaba también llegar a la esquina derecha, por la que a través de una puerta se accedía a esa llamada zona contigua, o bien se podía regresar nuevamente a la misma escalera.

Todo su suelo era en madera, pero de esas de listones, no de parquet. Igualmente se encontraba rodeado por una barandilla muy compacta y fijada sobre cuatro columnas. Desde el hueco de este primer piso se apreciaba la planta baja con sus diferentes habitaciones. Como decía en la esquina de esa planta primera, había una puerta que comunicaba con la zona contigua a la cual nos dirigimos.

Cuando íbamos a pasar y justo encima del pasamanos de la barandilla y delante de la puerta, Jorge dijo:

—¡Mira lo que hay justo encima del pasamanos!, como te había dicho, se han ocupado en traer un paquete y debe ser tu famoso pijama. ¡Veamos!

Abrió Jorge el bulto y efectivamente era un pijama. Pero, ¡vaya pijama! Estaba comprado en una tienda de la calle Diego de León, de Madrid. Bonito sí que era, pero podíamos entrar dentro dos como yo.

—Atiende, Ana, que... te has quedado repentinamente pensativa. Esta planta contigua tiene todos sus dormitorios vacíos, anda pasa. Pero ¿qué caras más raras estás poniendo? Creo adivinar el motivo. Te has puesto a pensar que están vacías porque debes deducir que, si lo están, es porque los que las ocupaban han salido ya con los pies por delante en una caja de pino, ¿no es así?

No supe ni quise reconocer que me había descubierto. La incomodidad que sentía por el hecho de pensar que de cualquiera de estos dormitorios habrían salido personas ya de cierta edad para su traslado al cementerio no me hacía ninguna gracia, desde luego.

—No debes tener ninguna prevención en relación con este tema. Todos los que vivimos aquí llevamos, desde enero de 1973, unos dos años y medio. Desde que llegamos, nadie nos falta. Las habitaciones de esta zona en la que nos encontramos son para otros compañeros que irán llegando poco a poco y, por lo tanto, puedes estar tranquila. Están sin estrenar, así que elige la que más te agrade.

—No trataba de molestar, Jorge. Comprenda que una puede ser un poco imaginativa, según en qué circunstancias.

—No te inquietes, no me ha molestado. Además, es natural que hayas pensado de esa manera; los en esta casa residentes todavía no hemos llegado a la etapa final, aunque eso sí, ya hemos iniciado el camino.

—Pero, Jorge, yo no estoy en absoluto de acuerdo. Tanto usted como el señor con el que nos acabamos de cruzar tendrán unos sesenta y pocos años y los que me trajeron hasta la casa por ahí deben andar; por ello, estimo que aún queda mucho recorrido para alcanzar el final de ese camino.

—Te agradezco sinceramente tus palabras. Pero ahora debes escoger un dormitorio.

—Me da igual uno que otro, escójalo usted por mí.

—Este de la derecha al fondo es muy alegre y, como hace chafflán, podrás ver cuando despiertes con toda la claridad de la mañana un precioso paisaje de las montañas que aparecen por todas las partes del ventanal. Además, ya verás qué agradable es sentir cómo el sol entra lentamente por la ventana, mientras templamos la habitación. Pasa, ¿qué te parece?, ¿verdad que es muy bonito? —me indicó Jorge mientras abría la puerta—. En realidad, me aconsejaron que te llevara hacia este.

—Con este me quedo —repuse—. Es un dormitorio magnífico.

—Encima de la cama te han dejado los útiles necesarios para el aseo. Ya ves que esta gente es muy cuidadosa —me dijo sonriendo suavemente.

Efectivamente, sobre la colcha había una pequeña cajita de cartón con una tarjeta que, sencillamente y con una letra preciosa escrita a mano, apuntaba «Bienvenida». Dentro de la cajita había una pastillita de jabón en su envoltorio original, un cepillo de dientes y el tubo de la pasta correspondiente; todo ello se acompañaba de un delicado frasquito de un perfume que no pude esperar a abrirlo, produciéndome una sensación muy agradable, pues ofrecía un aroma especialmente suave.

No comprendía yo este singular y desusado comportamiento hacia una extraña, quizás era, pensaba yo ingenuamente, que es-

tas personas eran el último foco de la cortesía y la caballerosidad. Aunque, sinceramente, deseaba creer que no fuera así. En realidad, aunque a menudo tratemos de igualarnos a los hombres en muchas cosas —como naturalmente tiene que ser—, hay otras en las que, desde luego, mantenemos las mujeres ese toque de ternura y delicadeza que tanto agrada.

—Bien, pues te dejo tranquila —dijo Jorge—; si acaso añadir que, como te he dicho antes, a las nueve y media cenamos. Cuando den las nueve y cuarto oirás una campanilla, no te alarmes. Es el aviso de que quedan quince minutos para la cena y, de esa manera, el que anda un poco despistado sabe que al menos dispone de esos momentos para asearse. Nos gusta asistir siempre que nos es posible a las diferentes comidas del día todos juntos, en familia. Eso es en realidad lo que somos.

—Gracias, Jorge, por todo.

Salió este entonces del dormitorio despacio y me dejó con mis pensamientos y, sobre todo, con mis dudas.

El lapso de tiempo en el que me iba a encontrar a solas en la habitación sería suficiente para asearme y poner a punto las ideas. Desde la ventana se veía, como me había antes dicho Jorge, un paisaje hermoso aunque ya no suficientemente claro por la hora en la que nos encontrábamos.

La casa se encontraba dentro de una enorme finca totalmente aislada de cualquier población y, calculando un poco por encima, podría haber unos diez o doce kilómetros hasta la zona civilizada más próxima, si bien en realidad no lo podría afirmar con certeza. A decir verdad, no sabía con exactitud el lugar en el que me encontraba.

Reflexionando acerca de esto último, me preguntaba «¿cómo podía ser esto? ¡No podía saber con precisión en qué lugar me hallaba! ¿Por qué?»

Esta tarde había salido desde Madrid hacia la carretera de La Coruña. ¡Eso estaba perfectamente claro! Cuando llevábamos unos kilómetros recorridos, la persona que iba junto al conductor,

que se presentó como Román el Araña, empezó a hablarme sin parar mientras el coche salía de la carretera general y..., claro, ¡qué listos!, ahora caigo. Mientras el conductor estaba a lo suyo, el que no paraba de hablar me estaba envolviendo con sus expresiones y comentarios, que desde luego no venían a cuento. La conexión de unas frases con otras y de unas ideas con las opuestas me llevaba al desorden y a la confusión. Palabras a borbotones rellenas de historias sin apenas interés, pero que enlazando unas con otras no me dejaban pensar, ni siquiera fijarme por dónde íbamos. Cuando pasaron unos kilómetros, nos acercamos hacia un pequeño pueblo que, pienso, es el más próximo a esta casa. En ese momento, el conductor llamó mi atención diciendo:

—Mire, estamos atravesando por Manzaneda del Arroyo.

Y yo estúpida me dije «bueno, por lo menos sé por dónde vamos. Pero, ¡si no recuerdo pueblo alguno que por esta carretera o por las secundarias que se llame de esa manera! ¡Cómo no lo voy a saber si soy madrileña y desde pequeña con mi grupo de montaña me he recorrido prácticamente todos estos maravillosos pueblos serranos que rodean Madrid!»

Ahora podía entender con claridad. Entre los dos y cada uno de ellos de manera individual utilizaron una hábil técnica de charlatanería y distracción para entretenerme con una gran habilidad, de manera que en ningún momento llegara a saber por dónde íbamos circulando. Como así fue.

«Tranquila. No pasa absolutamente nada. Por ahora el trato es inmejorable y las atenciones son las propias de un hotel de lujo. Por otra parte, no creo que estos sean unos psicópatas y me hayan traído hasta aquí para violarme. Me liaría a patadas, golpes y arañazos y no quedaría uno sano. Y también recuerdo que Jorge me ha provocado la risa cuando ha comparado a los residentes en esta casa con bueyes muy carreteados».

«Por cierto, cuando acudí a la cafetería en la que me citaron, el Salón Azul, se produjo algo que llamó mi atención», recordaba yo en esos instantes de tranquilidad en el dormitorio, mientras me iba

preparando para cuando llegase el momento de la cena. Son de esas cosas que, de manera inconsciente, te quedan en el cerebro sin poder descubrir el motivo.

Nada más traspasar la puerta de entrada de aquel café, noté, aunque no vi realmente nada, como si me estuvieran vigilando. Quiero decir que sentí como una mirada me rozase. No sé, pero yo me entiendo. No quiero ser exagerada, tan solo digo lo que digo. Desde luego no era ninguna de las personas que me habían llevado hasta esta casa en el coche.

La entrada a la cafetería se realizaba a través de una doble puerta de madera blanca y que ofrecía una vista del amplio salón. La fachada exterior era de mármol negro, más o menos de un metro de altura desde el suelo y, justo encima, se encontraban unos grandes ventanales de cristal. Una vez dentro el salón, daba sensación de tranquilidad y sobre todo de comodidad. Era de esos cafés de toda la vida que aún podíamos disfrutar los madrileños y transeúntes.

A mi derecha y una vez dentro, una barra larga y en ele angulada hacia la izquierda, de mármol blanco con pequeñas vetas negras, en la que se apoyaba en toda su largura una barandilla metálica de latón que servía tanto de adorno como para descansar en ella los abrigo o los paraguas así como sustento para subirse a las banquetas de madera, de tres patas, de asiento de piel redondeado y color carmesí.

Efectivamente, era el típico café de los que iban quedando pocos ya en Madrid. No sé el tiempo que aún podría resistir al empuje de los ya existentes bares modernos. Esta cafetería tenía una larga tradición en toda esta zona del barrio de Salamanca.

Para las Navidades es típico comprar sus famosos roscones de Reyes y durante todo el invierno el chocolate con churros, de tamaño y calidad considerables, lo que era algo reconocido por los clientes. En verano su larga terraza hacía que se llegase a formar una auténtica cola a la espera, con el fin de poder tomar sus deliciosas horchatas y la clásica cerveza con patatas fritas y aceitunas.

Como iba diciendo, a las cuatro en punto y con el alma en vilo entré en la cafetería. Siendo sábado y una hora poco bulliciosa, los clientes eran escasos. A continuación me dirigí hacia la izquierda del salón, sentándome en una mesa que se encontraba libre, junto a uno de los grandes ventanales por los que se veía la calle, la parada de taxis y la puerta de acceso al metro de Lista, esquina con Don Ramón de la Cruz, como se me había indicado, en donde un grupo de chicos jugaban con unas bicicletas.

Justo en la mesa de al lado, un señor muy mayor y delgado con gafas —tendría alrededor de noventa años— tomaba café de manera seria y disciplinada. En una silla y a su lado había dejado su sombrero y junto a sus piernas, tumbado en el suelo, un perro de esa raza que llaman pequinesa me miraba de reojo con sus ojillos redondeados y vivos, tratando de mantener la cabeza un poco elevada, pues su lengua larga, que no podía mantener dentro de su boca, le caía varios centímetros rozando el frío suelo mientras babeaba sin cesar.

En la barra sentados habría seis u ocho personas, entre las que pude ver a un famoso actor de teatro, José María Rodero.

Al instante de acomodarme una camarera estilizada, adornada con una cofia, se acercó y saludándome preguntó lo que deseaba tomar.

Trajo un café encima de una bandeja y con él una pequeña jarrita de cristal de agua y un vasito.

—Aquí tiene, ¿desea algo más?

—Nada más gracias —repuse.

Pasaron unos treinta minutos y, mientras me entretenía absorta mirando a través del ventanal la calle casi desierta, fui degustando el café, por cierto excelente.

Sin que pudiera darme cuenta, uno de los que me trajeron hasta aquí, el tal Román, se había acercado por un lateral hasta el ventanal en el que yo me encontraba y golpeando un par de veces suavemente el cristal con sus dedos hizo que saliera de mi abstracción.

El gesto que hizo de chasquear los dedos al tiempo que señalaba un Dodge mal aparcado en la parada de taxis era inequívoco.

Alcé la mano para que la camarera se diera cuenta de mi llamada e inmediatamente se acercó. Pedí la cuenta pero me aclaró que un caballero ya había abonado mi consumición.

—¿Cómo?, ¿quién ha sido? —pregunté.

La camarera se encogió levemente de hombros y con una pequeña mueca de incompreensión, se marchó, dirigiéndose hacia el principio de la barra del salón, que daba justo a unas escaleras ascendentes.

Apresuradamente me levanté y dirigí la mirada hacia todo el local, con intención de encontrar algún indicio que pudiera ofrecer una pista en relación a mi anónimo benefactor.

Nada pude observar que me pudiera llevar a alguna conclusión práctica. Mis dotes detectivescas no eran lo bastante efectivas. Sí es verdad que, al fondo del amplio salón, observé a un señor de cierta edad que subía unas escaleras que se situaban junto a la barra mirando hacia atrás de reojo, lugar en el que las camareras se reunían y que debían de conducir posiblemente a los aseos.

No le di demasiada importancia, lo cierto es que aceleré mi paso hacia él. Cuando coroné esas mismas escaleras, ya no se encontraba en aquella planta. Esta era pequeña y alargada. A mi derecha se encontraba el aseo de señoras y hacia la izquierda y al fondo el de caballeros, al que se llegaba por un estrecho pasillo en el que había colgados en la pared tres teléfonos públicos, de esos de ficha rayada.

Sentada en una silla y junto a una mesa pequeña en la que tenía una caja grande con todo tipo de cajetillas de tabaco y cerillas, una señora de unos setenta años me preguntó amablemente si deseaba algo. Por mi parte la interrogué acerca de si había podido fijarse en un señor que acababa de pasar por allí, justo unos segundos delante de mí.

Su respuesta negativa fue breve y clara. No lo había visto. Lo que podría significar que o nada quería decir o bien simplemente no se había fijado, pues según me explicaba, en esos momentos

había entrado en un pequeño cuartito donde parecía que tenía las mercancías que vendía al público y, por lo tanto, no lo había visto de ninguna manera.

Pero había una tercera posibilidad que consistía en que el tal personaje hubiese subido por una escalera que llevaba hacia la parte superior en donde se encontraba un gran salón donde celebraban bodas y banquetes, según me informó la señora, que dijo se llamaba Angelines y era la persona encargada de los aseos.

También me indicó que por aquel también se accedía a la calle. Bajé las escaleras dirigiéndome a la salida de la cafetería, en donde me esperaba uno de aquellos que me iban a trasladar hasta el lugar convenido, olvidándome ya del otro asunto.

Allí me esperaba el que se presentó como Román, acompañándome hasta el coche. El conductor mantenía el vehículo en marcha y avanzó por Torrijos.

Descendimos por la Avenida de Goya atravesando la Castellana y subimos por la calle Génova; continuamos por Alberto Aguilera hasta llegar a Argüelles para tomar la carretera de la Coruña. Y ahora aquí estoy. En realidad lo de aquí es un decir, porque la verdad no sé que quiero decir con la palabra aquí.

En esos instantes en el que me encontraba divagando en relación con mi aventura, una campana de sonido catedralicio, aunque no estridente, hizo que despertase al momento actual y recordase lo que significaba: un cuarto de hora para la cena.

Como ya estaba casi preparada. lo único que hice fue acabar por salpicarme unas gotas de perfume, mientras retocaba la pequeña cola de caballo en mi pelo.

Salí del dormitorio y llegué por la puerta de acceso a la planta primera hasta un rinconcito en el que Jorge se encontraba sentado. Evidentemente me esperaba bien acomodado en un sillón de porte regio y justo a su lado una sillita ennegrecida, de esas gastadas por el uso, muy pequeña y baja. Era tan pequeña que dudaba si realmente alguna vez sirvió para sentarse o para que la persona que lo deseara tuviera que permanecer en vilo sobre ella. Desde luego

la sillita no pegaba en absoluto con aquel rincón. Se apoyaba sobre un pequeño minarete. Parecía como si desearan evidenciar alguna importancia que yo no encontraba. El aspecto era, como digo, el de tener muchísimos años, si bien, en perfecto estado. Según mi parecer, el deseo era adornar un rincón del pasillo junto al sillón majestuoso, que se acompañaba con una mesita baja adornada con incrustaciones que parecían de marfil.

—La silla de confesiones de san Juan de la Cruz —me dijo riendo y señalando la sillita—. Ya sabes que el santo era muy bajito.

Se levantó y me señaló el tramo siguiente de escalera, para que lo bajásemos juntos, al tiempo que añadía: «Alguno de estos días, se la devolveremos. Son muy buena gente esas monjas y el que se la quitó, un sinvergüenza. La hemos podido recuperar gracias a un colaborador nuestro, que nos informó de su existencia en un almacén de las afueras de Madrid».

—¡Oh san Juan de la Cruz! —suspiró Jorge—, ¡aquel santo abulense de Fontiveros!...

Y nuevamente se convirtió en poeta, gracias al santo:

*«¡Mi amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonoros,
el silbo de los aires amorosos;
la noche sosegada,
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora;
nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado!».*

—San Juan de la Cruz era un místico —señaló Jorge— y, aunque como ves me conozco algo de sus escritos, no creas que no es

un poeta complicado. Te lo puedo afirmar con rotundidad. Creo además que no ha podido ser igualado en su perfección. Con respecto a lo de su silla y como he podido observar en tu expresión, quizás pienses que sea una copia y, aunque te lo diré más de una vez, en esta casa no hay copias, te afirmo y reafirmo esto de que aquí no hay copias.

«¿Qué me quiso decir con esto? ¿Qué broma era esa?» Precisamente ese engaño no podía tener éxito conmigo. Yo vivía en Ávila y era en el Monasterio de la Encarnación donde se encontraba la famosa sillita de este santo. Es cierto que la reproducción era estúpida, pero a mí no me la podían dar así como así.

En cuanto regresase a Ávila visitaría el Convento de la Encarnación, para comprobar lo de la sillita del santo, ¡no me creo una palabra!

Las escaleras no eran muchas. Francamente, mi deseo hubiese sido deslizarme por el pasamanos de la barandilla, formada de una preciosa madera que parecía de cerezo mucho mejor, saltarlas de tres en tres como hacía en mis años colegiales, aunque no creí que la ocasión fuera la más adecuada para recordar a aquella cría traviesa.

Llegamos a la planta baja. Mi sorpresa nuevamente se vio claramente reflejada en mi rostro, pues la boca se me abrió según me dijeron más tarde, como la de un besugo.

Estaban todos los que en aquellos momentos se encontraban en la casa delante de la escalera, claramente esperando mi llegada del piso superior y con una media sonrisa, que me hizo sentir tan bien que me turbé.

Iban pulcramente trajeados y algunos con chaleco y reloj de cadena colgando del mismo y todos sin excepción con corbata. Me miraban con gentileza y agrado.

En ese momento, Jorge adelantándose hacia ellos, dijo:

—Te damos formalmente la bienvenida a esta casa. Nos alegramos de recibir a una mujer tan agradable. Deseamos que el tiempo que te encuentres entre nosotros puedas recibir nuestra amistad y

que llegues a alcanzar el objeto que ha hecho que te acerques hasta aquí. Ofreceremos nuestras experiencias, que desde luego son largas y seguramente entretenidas.

Me encontraba tan impactada que nada pude decir, ni siquiera una palabra dando las gracias. Jorge, continuó con la presentación.

—Aquí están los que son mis amigos y, como hace unos momentos te he dicho, mi familia: Este es Román el Araña. Le conoces, pues te fue a recoger a Madrid; Gaspar el Cojo, con un pequeño problema físico que, inevitablemente, él mismo te explicará.

Todos se reían a gusto.

—Pepe el Lejía. Es el conductor que te trajo en nuestro coche; François, nuestro experto e irrepitible cocinero. A Víctor «Jabato» ya le conoces por habértelo presentado hace unos momentos.

—Niña —dijo este—, aquí vas a aprender mucho, con estos... profesores, ¡hum! —volvió a enfatizar este otro sustantivo, como anteriormente en las escaleras.

—Este es, Rojas «Manillas», ¿le recuerdas, verdad?

—Sí, por supuesto —contesté.

—Desde luego faltan Juan, nuestro director, que en cuanto regrese de Madrid te atenderá encantado; Daniel, que no se encuentra tampoco estos días por aquí; y Carlos «Pasma», que como ya te he señalado, se encuentra de viaje con parte de la familia. Finalmente, yo mismo, Jorge el Ruso, al que has empezado a tratar hace un ratito. Bien, pues como verás estamos un número estupendo para que cenemos y pasemos una agradable velada. Seguramente, François, aún sin la ayuda de Pasma, se habrá esmerado en tu honor.

No era el momento, por inadecuado, pero me hubiese gustado preguntar algo más por aquel al que llamaban el director, aunque más tarde la información acerca de esta persona llegaría por sí sola.

La cena fue deliciosa. No sabía dónde meterme, pues debería haber traído algún detalle y no de esta manera tan poco cortés, ya que había venido a una casa extraña como invitada con las manos vacías. En mi descarga, desde luego, el no saber que lo que parecía

se trataría de una entrevista más o menos formal se estaba convirtiendo en algo que me empezaba a envolver.

Centollos de entrada, junto con berberechos y pulpo a la gallega.

Los vinos durante toda la cena fueron blancos y muy fríos. Eran unos gallegos y otros de tierras castellanas, de la Ribera del Duero, según decían, una de las mejores zonas del mundo para los vinos junto a la Rioja, aunque de esta zona explicaban ser mejores los tintos y por cierto entraban de maravilla. Otros eran blancos de Cataluña, igualmente exquisitos. Cada integrante en la mesa degustaba los caldos que en un momento u otro le apetecían; a mí me dio por probar un poco de cada uno de ellos, lo cual me empezó en un momento dado a turbar el espíritu.

Unas ensaladas, que se encontraban situadas en dos fuentes sobre una mesa ligeramente apartada de la principal y a la que había que acudir para servirse de ellas. Además de lo propio de la ensalada, llevaban langostinos, pimientos rojos y espárragos, todo ello ordenado con un gusto fuera de lo normal.

Como plato fuerte, unos lomos de merluza fresca que sabían a mar, a nuestro Cantábrico.

El postre, como era natural, francés: *crêpes Suzette* y *mousse* de chocolate negro, según informó François.

Durante la cena, cada uno se esforzaba en relatar para los demás pequeñas anécdotas de aventuras y desventuras pasadas. Poco a poco, fui descubriendo en ellos a unos auténticos maestros del disparate y la inventiva. No podía creer lo que recordaban. Tenían que ser fruto de la imaginación. Historias llenas de miedo y tensión que se combinaban con chistecillos antiguos que desconocía. Palabras y frases, que saltando entre medio de los cuentos, no entendía. De esta manera me esforcé en retener: *breje*, *guronda*, *calcos*, *bola*, *tijeras* pero no con ese significado y algunas más que me es difícil recordar. Total, una cena de lo más completa e interesante, que jamás había pensado vivir.

Finalizaba la cena, cuando Jorge el Ruso propuso un brindis, que hizo que mediante aplausos muy sonoros fuese aprobado de

manera inmediata. El problema surgió cuando me invitó a que fuera yo misma quien lo realizase.

Mediante gritos de ánimo los reunidos en la mesa me obligaron, a pesar de mis esfuerzos en contra, a levantarme. El que llamaban François se acercó con unas botellas de cava y comentó un tanto molesto que en esta casa no le dejaban comprar champán, pues, según todos los residentes, era de más calidad el cava español, bien naciera en Cataluña, Aragón, Castilla u otra de las diferentes regiones y, por supuesto, no podía hacer nada contra la mayoría.

—Esto —dijo, mientras me guiñaba el ojo, añadiendo en voz baja—, la mayoría me puede, pero mi astucia a veces quiebra la mayoría —y sonrió, sin que llegara a entender lo que quería decir.

A la mañana siguiente descubrí lo que quiso apuntar. Al ser el responsable de la cocina junto a su ayudante el tal Carlos «Pasma», cuando iban a las compras se traía, sin que su compañero se diera cuenta, sus propias botellas de champán. Más tarde en la casa, en la bodega en la que guardaban los alimentos, cambiaba la etiqueta francesa por una de cava y parece que en ocasiones —y esta me reveló fue una de ellas— bebían el espumoso francés creyendo que era de nuestras tierras; era su manera de desquitarse. Sinceramente me hizo mucha gracia.

Una vez que me entregó François la copa de tubo, con el líquido que en ese instante creí que era lo que no era, levanté ligeramente mi mano y expresé lo que con estas palabras sentía:

—Tan solo llevo unas horas con ustedes —comencé mi tímido discurso. Todos me miraban con los ojos tremendamente abiertos y como llenos de codicia por captar lo que empezaba a decir—. Aún no sé —continué— casi nada de la vida y experiencias de los que habitan en esta casa. Por el tiempo que ha transcurrido, que como digo han sido horas, puedo aventurar y estar segura de ello que me tienen reservado lo más sugestivo y atrayente que nunca yo haya conocido. Solo he necesitado esos momentos desde que entré a la casa y, además, esta maravillosa cena, con sus fábulas e historias divertidas y misteriosas, para poder darme cuenta que estoy

rodeada de unas personas creativas, amenas y caballerosas. Gracias por recibirme en su casa que empiezo a sentir como la mía propia y tratarme con tanta amabilidad.

En esos momentos se levantaron todos a la vez, exclamando vivas a todo lo que se les ocurría. Así lo hicieron con España, Francia, Italia y Portugal; con la Monarquía y con la República; con el cava español, el mejor espumoso del mundo y el champán francés, el segundo mejor, decían al unísono; la Legión y la Guardia Civil; la Policía y los tomadores honrados —creo que se referían a los ladrones— y hasta con la madre que me había parido, en buena hora.

Finalizaron estas muestras de alegría, cantando el famoso *Asturias Patria querida*, *El novio de la muerte* y para poner la guinda, *El Relicario*. Aunque es verdad que varios de ellos ya no podían casi seguir la letra de esta última canción, pues la lengua no respondía convenientemente, si bien, debo aclarar, que sin perder la dignidad y ni tan siquiera la verticalidad.

El jolgorio fue algo tan glorioso que nunca lo olvidaré. No podía describir —y hasta ahora no lo he podido hacer— cómo me sentí rodeada de todos ellos. Eran sencillamente... sorprendentes.